

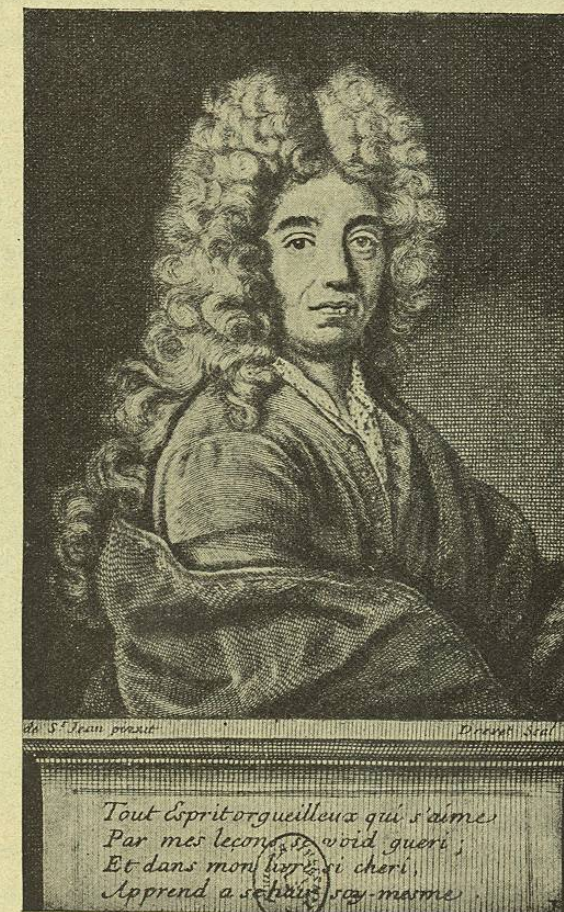
de las disensiones civiles. No hay duda que la «edad de oro» de la literatura francesa tuvo en gran parte su origen en ese período de interregno entre los dos dominadores inflexibles, el cardenal de Richelieu y el rey Luis XIV.

Este, que recibió el poder en el lecho de muerte de Mazarino, en 1661, no tenía entonces más que veintidós años, y su parte en las fatigas del gobierno había sido nula; mas por una ilusión muy natural en los reyes, pudo creerse muy grande desde el primer día, puesto que sus dominios habían desbordado por todas partes las antiguas fronteras, las cosechas llenaban los graneros y la población aumentaba en todas las provincias, sus ejércitos eran los más sólidos y los mejor mandados de Europa, y su hacienda, en muy buen estado, le permitía intervenir con autoridad en la política de todos sus vecinos. Ocupaba el primer lugar entre todos los soberanos de Europa antes de haber reinado, y él mismo tenía plena conciencia de la altura de su destino. Noble y digno en su ademán, rebosaba también la gracia; no le bastaba ser majestuoso, tenía además el cuidado de agradar y lo conseguía á maravilla porque apreciaba igualmente el valor ajeno. Poseía el verdadero sentido del fausto, porque no sólo era magnífico en su persona, sino que sabía serlo también en el conjunto de su corte, en el orden de cuanto le rodeaba, en las instituciones que se fundaron bajo su nombre, en el funcionamiento y en la armonía de sus ministerios; en todo el organismo del Estado.

En todas partes supo arreglar esas bellas perspectivas arquitectónicas que realizó material y simbólicamente al fin en su inmenso palacio de Versalles, en ese mundo sin límites de piedra y de mármol, en el cual las galerías y las terrazas, las suntuosas escaleras, las calles de árboles con fuentes de poderosos surtidores y el pueblo de estatuas se prestan admirablemente á la magia de los colores, á la elegancia de los grupos y á la pompa de los cortejos. La cohorte de los cortesanos se transformaba en su redor en una bella figuración teatral, y todo lo que no podía entrar en esa decoración incomparable, el pueblo de brazos remangados y de grosero lenguaje, los burgueses apresurados que se ocupan de su comercio y de su profesión, todos los sujetos á servidumbre y pagadores de

impuestos eran rechazados y permanecían á distancia. El lujo se ostentaba en Versalles, mas en París se hacía el trabajo que repugnaba á los bellos ojos; en París se pensaba y se obraba, cosas indelicadas que no eran permitidas cerca del amo. Así se establecía claramente el contraste de la «corte» y de la «ciudad», sedes de dos monarquías, una orgullosa, invasora, seguida de famas que pregonaban su gloria; la otra casi ignorándose ella misma y empequeñeciéndose, pero conteniendo en sí las promesas del porvenir. A pesar de todas las apariencias, allí se encontraba la fuerza y á ella se dirigían los escritores, aunque enviando humildemente sus dedicatorias al rey.

Toda oposición formal había desaparecido: no se oía el menor murmullo. Los magistrados de los parlamentos, tan ruidosos cuando esperaban triunfar de Mazarino, se habían vuelto silenciosos y se limitaban á registrar los edictos que se les daba para leer y copiar. Las franquicias de las provincias y de las corporaciones que no concordaban con las reglas de la centralización general eran suprimidas. Ya no se trataba de libertades municipales desde algunos reinados anteriores, pero al menos quedaban de ellas algunos símbolos, y esos símbolos quedaron también abolidos. El regidor de



Gabinete de las Estampas.

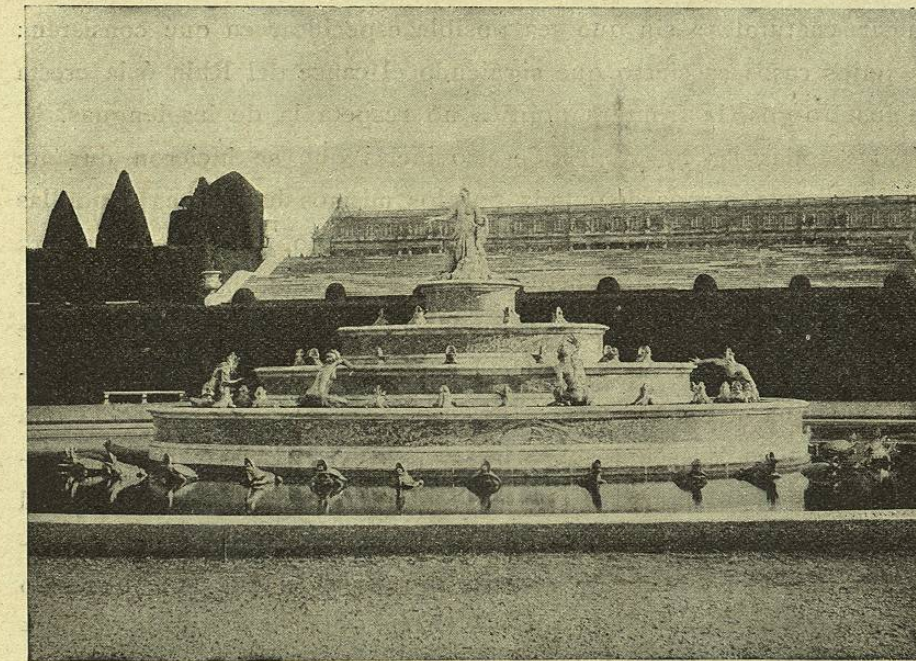
LABRUYÈRE, 1645-1696

Marsella, Glandavés, conforme al derecho tradicional de los magistrados de la antigua ciudad, se presentó ante el soberano sin descubrirse; pero la tradición fué bruscamente cortada por un nuevo y más riguroso ceremonial, y el orgulloso regidor estuvo á punto de ser decapitado, de lo que le salvó la adhesión de sus colegas, que, solidarios de su orgullo, le hicieron escapar, y por ello sufrieron una larga prisión.

Católico severo, porque la religión con su bella jerarquía, sus ritos y sus fiestas pertenecía á la magnificencia del Estado, Luis XIV no sufría la menor oposición de parte de los preladados. La Iglesia llamada «galicana», porque se cuidaba de los intereses reales de las Galias contra la dominación de los papas, se constituyó victoriosamente bajo Luis XIV, y todos los cuerpos del Estado tuvieron que ayudarle á triunfar. En diversas ocasiones, la ingerencia del papa fué rechazada con firmeza, y finalmente, en 1682, un concilio á que asistían treinta y cinco obispos, acogió por su voto respetuoso las «cuatro proposiciones» formuladas por Bossuet, según las cuales «príncipes ni reyes no están sometidos al poder de la Iglesia en el orden material, mientras que los papas deben, hasta en materias religiosas, conformarse con las resoluciones de los concilios y observar, especialmente en Francia, los principios establecidos, las costumbres, las instituciones». Esos cuatro artículos hubieran sido considerados doscientos años después como verdaderas herejías, y dos siglos antes hubieran conducido su autor á la hoguera, pero eran entonces la misma ortodoxia para los preladados franceses, y no les impedían lo más mínimo perseguir los herejes de la época, jansenistas y protestantes.

En sus dominios todos se prosternaban ante el rey y hasta delante de su imagen resplandeciente como un sol. Naturalmente debía tomar en serio ese nombre de «Grande» con que sus cortesanos le saludaban y dejarse tentar por la ambición de hacer que brillara su gloria hasta los confines del mundo. Si su extraña divisa, *Nec pluribus impar*, tiene algún sentido, ¿no significa que se sentía con fuerza para luchar contra varios adversarios á la vez y que los desafiaba de antemano tomando sus reinos como premio de su victoria? La locura del dominio universal le había tomado por víctima, como otros

á quienes la fortuna ha colocado en la región del vértigo, y, en el vasto organismo militar que se agrupaba á su alrededor, sobre la multitud de los productores que no piden más que la paz, ¡cuántos jóvenes ociosos, audaces é inteligentes estaban dispuestos á secundar sus ambiciones! A pesar de los tratados que habían asegurado á Francia una situación dominante, su amo necesitaba la guerra para la gloria, y su reinado no fué, en efecto, más que una guerra sin fin.



Cl. J. Kuhn, edit.

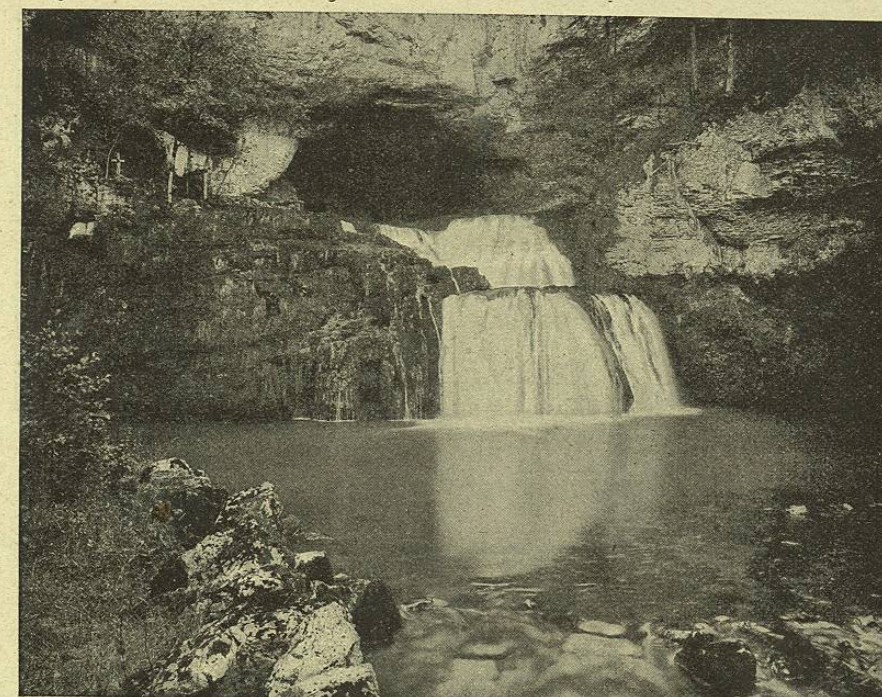
VERSAILLES — LA FUENTE DE LATONA Y EL PALACIO

No podían faltar motivos á un hombre colocado sobre la moral humana. Casado con una hija de España, reclamó, á la muerte de Felipe IV, en 1665, una parte de herencia á la que no tenía ningún derecho. Tal fué el principio de la interminable lucha en que sus generales, habituados á la victoria, encontraron pronto dignos rivales, mientras que los recursos en hombres y en dinero se agotaban poco á poco. El final del siglo marcó el apogeo de la potencia territorial del rey Sol: en 1700, uno de sus nietos subió al trono de España; pero el Imperio, Inglaterra, Holanda y Portugal se ligaron contra él, y al período de las victorias sucedió el de las cam-

pañías indecisas, después el de las batallas perdidas y las retiradas desastrosas. De 1704 á 1710, Marlborough y el príncipe Eugenio de Saboya derrotaron repetidas veces á los Franceses: Blenheim, Ramillies, Oudenarde (Audenarde), Malplaquet, é hicieron que fuera casi nula la obra de Turena, de Condé y de Vauban; sin embargo, una última y suprema jornada, la de Denain, en 1712, tres años antes de su muerte, permitió á Luis XIV extinguirse en cierta altura de majestad y dejó á Francia en los límites que se ha convenido en llamar «naturales» sin que sea posible especificar en qué consisten: en todos casos es cierto que siguiendo el cauce del Rhin ó la cresta de los Vosgos, la frontera política no respeta la de las lenguas.

De todas las anexiones de provincias que se hicieron durante su reinado, la menos disputada por los mismos habitantes y por las potencias extranjeras fué la del Franco-Condado, que, por una rareza de los juegos de la política y de la casualidad, había sido hasta entonces una dependencia de España. Verdad es que la pendiente general del país, la dirección de los valles, las relaciones comerciales, la lengua y las costumbres de la población daban á Francia una gran fuerza de atracción sobre las gentes del país, y éstas se hubieran unido siempre á sus vecinos occidentales en una misma comunidad nacional si hubieran estado seguros de conservar las franquicias locales, de que tan justamente estaban orgullosos y que habían valido un nombre glorioso á su patria. Otra fuerza de atracción, procedente también de la vecindad y de la semejanza debida á instituciones análogas, tendía á unir el Franco-Condado á los cantones «libres» de Suiza; pero en aquella época los Estados confederados no ofrecían un buen ejemplo. La venta de los jóvenes á título de mercenarios había envilecido la nación, y los burgueses de las ciudades, privando á los campesinos de las tierras comunales les forzaban á la servidumbre, de lo que resultaron en 1653 sangrientas rebeliones que fueron reprimidas con la misma crueldad que lo fué un siglo antes el levantamiento de los campesinos de Alemania. El «Condado» no hubiera podido encontrar, pues, apoyo en los cantones suizos para mantener su independencia después de la retirada de los ejércitos españoles en 1674, cuando fué solicitado por la monarquía francesa. De hecho la ocupación se hizo en pocos días, casi sin lucha, y fué definitiva.

Del lado del Nordeste, entre el litoral de Flandes y el macizo de los Ardenes, toda frontera ha de ser puramente artificial. Unas vías históricas fáciles la franquean por diversos puntos, y el límite de las lenguas — flamenco y walón, — la única línea de separación que podría justificar en apariencia la creación de una barrera política se desarrolla casi en línea recta de Oeste á Este, transversalmente á



Grabado de «Sites et Monuments de France»
FRANCO-CONDADO — EL MANANTIAL DEL LISON

la línea de plazas fuertes, doble ó triple, según el peligro presumido, que los soberanos enemigos levantaron en medio de los campos disputados. Los historiadores hablan sonriendo de los prodigiosos y vanos esfuerzos de los emperadores de China que construyeron la «Gran Muralla» para detener las incursiones mongolas; pero ¿qué diremos de esas cadenas de fortalezas que se alinean amenazadoras á lo largo de una frontera móvil, incesantemente variada y que ha sido necesario reconstruir varias veces, proveer de nuevos instrumentos de guerra, transformarlas para arrasarlas después y reconstruirlas últimamente? Un muro de plata no hubiera costado tanto

N.º 402. Batallas de la Marca belga.



1: 2 500 000



Los puntos negros indican lugares de batallas; los puntos abiertos, ciudades cuyos sitios tuvieron alguna importancia.

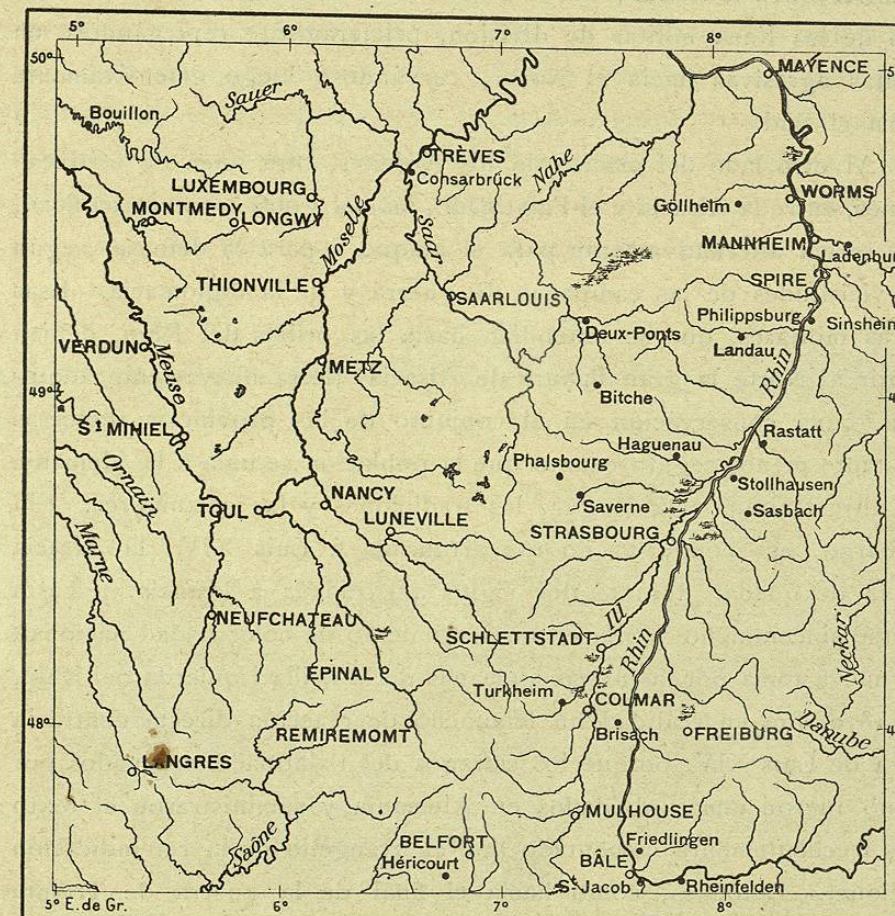
Sucesión de las batallas en campo raso y sitios. — s, victoria del Sud; n, victoria del Norte.

1214 Bouvines s	1479 Guinegatte n	1678 Saint-Denis s	1745 Fontenoy s
1297 Furnes s	1513 Guinegatte n	1689 Walcourt n	1792 Jemappes s
1302 Courtrai n	1554 Renty s	1690 Fleurus s	1793 Wattignies s
1304 Mons-en-Pévèle s	1558 S. Quintín n	1692 Steenkerk s	1794 Fleurus s
1328 Cassel s	» Gravelines n	1693 Neerwinden s	» Hondschoote s
1340 L'Ecluse n	1643 Rocroy s	1703 Eeckeren s	» Seneffe s
1346 Crécy n	1648 Lens s	1706 Ramillies n	1815 Ligny s
1382 Roosebeek s	1658 Dunes s	1708 Oudenarde n	» Waterloo n
1408 Halbain s	1659 Marienbourg s	1709 Malplaquet n	1870 Sedan n
1415 Azincourt n	1674 Seneffe ?	1712 Denain s	1871 Bapaume s

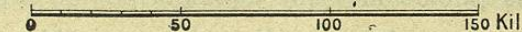
1213 Lille, y 1297, 1667, 1708, 1792	1539 Gand	1646 Dunkerque, y 1658, 1793	1692 Namur, y 1695, 1745, 1792
1347 Calais	1555 Rocroy, y 1656	1676 Bouchain, y 1711, 1712	1710 Douai, y 1712
1467 Liège	1572 Mons, y 1691, 1746, 1792	1677 Cambrai, Cassel	1745 Tournay
1414 Arras, y 1479, 1640, 1654	1585 Anvers, y 1832	» Valenciennes, 1793	Maubeuge
1521 Mézières	1604 Ostende	y 1793, 1794	» Condé

como esas murallas bañadas en sangre humana, donde cada fuerte lleva un nombre en la historia de las matanzas. Las guerras de

N.º 403. Batallas de la Marca alsaciana.



1: 2 500 000



Actualmente la línea de las fortificaciones francesas pasa por Verdun, Saint-Mihiel, Toul, Epinal; Remiremont, Belfort, con fuertes destacados hacia Montmédy, Nancy, Lunéville, Neufchâteau; Langres forma parte de la segunda línea. Las líneas alemanas comprenden Thionville, Metz, Estrasburgo y Maguncia. — e, victoria del Este; o, victoria del Oeste.

1298 Göllheim e	1638 Rheinfelden o	1675 Turckheim o	1703 Höchstädt o
1444 Saint-Jacob o	1674 Sinsheim o	» Consarbrücke »	» Spire o
1474 Héricourt e	» Ladenburg o	1702 Friedlingen o	1707 Stollhoffen o
1524 Saverne o	1675 Salsbach e	1703 Stollhoffen o	1796 Rastatt o

1445 Metz, y 1572	1632 Worms, y 1689	1677 Freiburg	1689 Mannheim
1477 Nancy	» Schlettstadt, y 1815	1680 Landau, y 1702, 1704, »	1689 Spire
1551 Verdun, y 1792	1657 Montmédy	1713, 1793	» Rastatt
1558 Thionville, y 1639, 1643, 1792, 1814	1675 Trèves	1681 Strasburg, y 1814, 1815	1744 Phalsbourg, y
1631 Mayence, y 1644, 1688, 1793, 1796	» Haguenau	1814	1793 Bitche
	1677 Philippsburg, y 1688 y 1734	1684 Luxembourg, y 1795, 1814	1795 Bouillon
		1815 Longwy	